

## FABULA.

---

Un cigarrón, medio muerto de frío y de hambre, llegó á una colmena bien provista, al comenzar el invierno, y pidió humildemente á las abejas que le socorrieran en sus necesidades con unas cuantas gotas de miel.

Una de las abejas le preguntó en qué había empleado el tiempo durante el verano, y por qué no había hecho sus provisiones como ellas.

— Verdad es que pasé el tiempo muy alegremente, contestó, bebiendo, bailando y cantando, y ni una vez se me ocurrió pensar en el invierno. »

— Nuestro sistema es muy diferente, dijo la abeja; trabajamos recio en el verano, para hacer provisión de alimentos contra la mala estación en que los necesitaremos; pero aquellos que no hacen más que beber, bailar, y cantar en el verano, deben esperar morir de hambre en el invierno.

# EL AHORRO

---

## CAPÍTULO I.

### LA LABORIOSIDAD.

Mi reino no es lo que tengo, sino lo que soy. — CARLYLE.

La industria productora es el único capital que enriquece á un pueblo, y propaga la prosperidad y el bienestar nacionales. En todo trabajo hay ganancia, dice Salomón. ¿Qué es la ciencia de la economía política, sino un fastidioso sermón sobre ese tema? — SAMUEL LAING.

Dios provee las cosas buenas del mundo para que sirvan á las necesidades de la naturaleza, con el trabajo del labrador, la habilidad y las fatigas del artesano, y los peligros y el tráfico del comerciante.... La persona ociosa es igual á un muerto; indiferente á los cambios y á las necesidades del mundo, sólo vive para pasar el tiempo y comer los frutos de la tierra: lo mismo que un bicho ó un lobo, muere y perece cuando les llega la hora, y en el interin no hace bien alguno. — JEREMÍAS TAYLOR.

Para el edificio que levantamos, está lleno de materiales el tiempo, nuestro *hoy* y nuestro *ayer* son los ladrillos con que edificamos. — LONGFELLOW.

El ahorro comenzó con la civilización. Principió cuando los hombres se vieron en la necesidad de proveer para el día de mañana, lo mismo que para el de hoy. Comenzó muchísimo antes que fuera inventado el dinero.

El ahorro significa la economía privada. Comprende la economía doméstica, el orden y el manejo de una familia.

Mientras que la economía privada tiende á crear y promover el bienestar de los individuos, el objeto que se propone la economía política es crear y aumentar la riqueza de las naciones.

La riqueza privada y la pública tienen un mismo origen. La riqueza se obtiene con el trabajo, se conserva con los ahorros y las acumulaciones, y se aumenta con la diligencia y la perseverancia.

Los ahorros de los individuos forman la riqueza — en otras palabras, — el bienestar de toda nación. Por otra parte, el despilfarro ocasiona el empobrecimiento de los Estados. De manera que, toda persona ahorradora puede ser considerada como un bienhechor público, y toda persona pródiga como un enemigo público.

No hay cuestión respecto de la necesidad de la economía privada. Todos la admiten, y la recomiendan. Pero en cuanto á la economía política, hay numerosas discusiones, por ejemplo, en la distribución del capital, las acumulaciones de la propiedad, la incidencia de los impuestos, las leyes de los pobres, y otras materias, en las que no nos proponemos entrar. El asunto de la economía privada, y del ahorro, es muy suficiente en sí mismo para ocupar las páginas de este libro.

La economía no es un instinto natural, sino producto de la experiencia, del ejemplo, y de la previsión. Es también consecuencia de la educación y de la inteligencia. Sólo cuando los hombres llegan á ser sabios y prudentes se hacen frugales. De ahí que el mejor medio para hacer previsores á los hombres y á las mujeres, sea el instruirlos.

La prodigalidad es más natural en el hombre que el ahorro. El salvaje es el gastador más grande, porque no tiene previsión, no tiene mañana. El hombre prehistórico no guardaba nada. Vivía en cuevas, ó en agujeros en el suelo, cubiertos con ramas. Se mantenía con mariscos que buscaba á orillas del mar, ó con escaramujos y bayas que recogía en los bosques. Mataba los animales con piedras. Los acechaba, ó los alcanzaba. En seguida aprendió á usar las piedras como herramientas, haciendo puntas de flechas y de lanzas con ellas, utilizando así su trabajo y matando más rápidamente los pájaros y los cuadrúpedos.

El salvaje primitivo no sabía nada de agricultura. Sólo en época comparativamente reciente los hombres han recogido semillas para alimento, y han guardado una parte de ellas para la siembra del siguiente año. Cuando se descubrieron los minerales, el fuego les fué aplicado, y los minerales se fundieron en metales, hizo el hombre un inmenso progreso. Pudo entonces fabricar herramientas duras, esculpir la piedra, edificar casas, y con infatigable laboriosidad comenzó á distinguir los múltiples medios y agentes de la civilización.

El que habitaba á orillas del mar ahuecó el tronco de un árbol caído, lo botó al agua, se fué en él al mar, y pescó para alimentarse. El tronco se hizo bote sujetado con clavos de hierro. El bote se hizo galera, bajel, buque de ruedas, vapor de hélice, y el mundo quedó abierto á la colonización y á la civilización.

Los hombres habrían seguido siendo incivilizados, si no hubiera sido por los resultados de los trabajos útiles de los que los precedieron. El suelo había sido trabajado por sus predecesores, y producido alimento para el uso humano. Ellos inventaron herramientas y edificios, y nosotros cosechamos los resultados útiles. Ellos descubrieron las artes y las ciencias, y nosotros obtenemos los efectos prácticos de sus trabajos.

La naturaleza enseña que ninguna cosa buena, una vez hecha, puede desaparecer por completo. Los que viven disfrutan siempre de los millones enterrados que se han trabajado y ganado antes que ellos. La obra manual y la habilidad desplegada en la edificación y esculturas de las ciudades perdidas tanto tiempo ha, Nínive, Babilonia y Troya, han llegado hasta nuestros días. En la economía de la naturaleza, no hay trabajo humano que se vea completamente perdido. Algún resto útil continúa premiando á la raza, ó al individuo.

La mera riqueza material que nos ha sido legada por nuestros antecesores forma tan sólo una partida insignificante en la suma de nuestra herencia. Nuestros derechos de nacimiento cuentan con algo más imperecedero: la suma de los efectos útiles de la aptitud y del trabajo humanos. Estos efectos no han

sido transmitidos por medio del estudio, sino por la enseñanza y el ejemplo. Una generación ha enseñado á otra, y de esa manera han continuado siendo preservados el arte y la mecánica, y el conocimiento de las aplicaciones y los materiales mecánicos. Los trabajos y los esfuerzos de las generaciones anteriores se transmitían de ese modo de padre á hijo, y continúan siendo herencia natural de la raza humana, uno de los instrumentos más importantes de la civilización.

Nuestros derechos de nacimiento consisten, pues, en los efectos útiles de los trabajos de nuestros antecesores; pero no podemos disfrutarlos sin que tomemos parte en la obra. Todos deben trabajar, ya sea con las manos ó con la cabeza. Sin el trabajo, de nada vale la vida; se convierte en un simple estado de letargo moral. No nos referimos al trabajo meramente físico. Hay muchísimo más trabajo en un orden más elevado, el trabajo de la acción y del sufrimiento, de la prueba y de la paciencia, de la empresa y de la filantropía, de difundir la verdad y la civilización, de disminuir el sufrimiento y aliviar á los pobres, de ayudar á los débiles y de ponerles en condición de ayudarse á sí mismos.

« Un corazón noble, — dice Barrow, — desdeñará vivir del trabajo de otros, como un zángano de colmena, como sabbandija que hurta su alimento en los graneros públicos, ó como tiburón que devora los peces pequeños, sino que sobrepujará sus obligaciones privadas por el cuidado y afán de otros hombres, con servicios y beneficios considerables hechos al público; porque no hay posición de ninguna clase, desde el cetro hasta el azadón, cuyo desempeño con algún éxito, crédito, ó satisfacción, no exija mucho trabajo de cabeza, ó de manos, ó de ambas cosas á la vez. »

El trabajo no es sólo una necesidad, sino también un placer. Lo que de otra manera sería una maldición, se convierte en bendición á causa de la constitución de nuestro sistema físico. Nuestra vida es un conflicto con la naturaleza, en ciertos conceptos, pero en otros es también una cooperación con la naturaleza. El sol, el aire y la tierra están constantemente abs-

trayendo de nosotros nuestras fuerzas vitales. De ahí que tengamos que comer y beber para alimentarnos, y que nos vistamos para adquirir calor.

La naturaleza trabaja con nosotros; provee la tierra que nosotros aramos; hace crecer y madurar las semillas que sembramos y cosechamos. Proporciona, con la ayuda del trabajo humano, la lana que tejemos y el alimento que nos nutre. Y nunca debiera olvidarse, por ricos ó pobres que seamos, que todo lo que comemos, todo aquello con que nos vestimos, todo lo que nos sirve de techo y abrigo, desde el palacio hasta la choza, es producto del trabajo.

Los hombres cooperan entre sí para el mantenimiento mutuo de todos. El labrador cultiva la tierra y provee de alimento; el fabricante teje los paños, que el sastre y la costurera convierten en vestidos, y los albañiles edifican las casas en que disfrutamos la vida doméstica. Así pues, es grande el número de los operarios que contribuyen á crear el resultado general.

El trabajo y la aptitud aplicados á las cosas más vulgares les dan desde luego un valor precioso. El trabajo es realmente la vida de la humanidad; quitadlo, desterradlo, y la raza de Adán quedaría en el acto herida de muerte. « Aquel que no quiera trabajar, — dijo san Pablo, — tampoco deberá comer; » y el apóstol se gloriaba de que había trabajado con sus propias manos, y nunca había sido una carga para ningún hombre. Harto conocida es la historia de un viejo labrador que llamó á sus tres ociosos hijos, estando en el lecho de muerte, para comunicarles un importante secreto. — « Hijos míos, les dijo, un gran tesoro está escondido en la propiedad que os voy á dejar. » — El anciano dió una boqueada. — « ¿ Dónde está escondido? » — preguntaron sus hijos á una voz. — « Os lo voy á decir, — dijo el anciano; — tendréis que cavar... » pero le faltó el aliento antes que pudiera comunicar el importante secreto, y murió. Inmediatamente se pusieron los hijos á trabajar con palas y azadas los campos abandonados desde tanto tiempo, y dieron vuelta á todo terrón, á todo césped de la propiedad. No descubrieron tesoro ninguno, pero aprendieron á trabajar y

llegó la cosecha, el producto fué inmenso, á consecuencia de aquella labranza tan completa que habia sufrido. Entonces descubrieron el tesoro escondido en la heredad, del que su sabio padre les habia prevenido (1).

El trabajo es á la vez una carga, un castigo, un honor y un placer. Puede ser identificado con la pobreza, pero también hay gloria en él. Atestigua á la vez nuestras carencias naturales y nuestras muchas necesidades. ¿Qué serían el hombre, la vida, y la civilización, sin el trabajo? Todo lo que es grande en el hombre procede del trabajo: — grandeza en el arte, en la literatura, en la ciencia. El saber — *alas con que volamos hacia el cielo* — sólo se adquiere por medio del trabajo. El genio sólo es la capacidad de trabajar intensamente, la facultad de hacer esfuerzos grandes y permanentes. El trabajo puede ser un castigo, pero lo es glorioso. Es dignidad, deber, nombradía é inmortalidad, para aquellos que trabajan con los más elevados objetivos, y por los propósitos más puros.

Hay muchos que murmuran y se quejan de la ley del trabajo en que vivimos, sin reflexionar que la obediencia á ella no solamente está conforme con la voluntad divina, sino que es también necesaria para el desarrollo de la inteligencia, y para el goce completo de nuestra común naturaleza. De todos los hombres míseros, los ociosos son aquellos que más lo son; aquellos cuya vida es árida en utilidad, que no tienen otra cosa que hacer sino complacer á sus sentidos. ¿No son esos hombres los más quejumbrosos, miserables, y descontentadizos de todos; constantemente en estado de fastidio, tan inútiles para sí como para los demás, meros estorbos en la tierra, que cuando se alejan, nadie los echa de menos, y á quienes nadie compadece? La suerte de los ociosos es, en verdad, la suerte más mísera é innoble.

¿Quiénes han ayudado tanto al mundo en su marcha progresiva como los trabajadores, los hombres que han tenido que trabajar por necesidad ó por gusto? Todo lo que llamamos

(1) Tomado de la conocida fábula de La Fontaine, *le Laboureur et ses enfants*. N. del T.).

progreso — civilización, bienestar y prosperidad — depende de la laboriosidad bien aplicada, desde el cultivo de un tallo de cebada, hasta la construcción de un buque de vapor; desde coser un cuello, hasta esculpir *la estatua que al mundo encanta*.

Todos los pensamientos útiles y bellos, son también resultado del trabajo, del estudio, de la observación, del examen, de la elaboración activa. El poema más noble no puede elaborarse, y sus inmortales armonías ser transmitidas al porvenir, sin labor constante y afanosa. Jamás ha sido hecha una grande obra *de carrera*, de golpe. Es resultado de repetidos esfuerzos, y á menudo de muchos fracasos. Una generación principia y otra continúa, cooperando el presente con el pasado. Así fué como el Partenón tuvo principio en una choza de barro, y el *Juicio Final* en algunos diseños trazados en la arena. Lo mismo sucede con los individuos de la raza: principian con esfuerzos, que abortan, pero por medio de la perseverancia llegan á resultados de éxito.

La historia de la laboriosidad es uniforme en el carácter de sus ejemplos. La laboriosidad pone al hombre más pobre en condición de alcanzar honor, ó distinción. Los nombres más grandes de la historia del arte, la literatura y la ciencia son de hombres laboriosos. Un fabricante laborioso de instrumentos nos dió la máquina de vapor; un barbero, la máquina de hilar; un tejedor, la *juanilla* de tejer algodón; un peón minero perfeccionó la locomotora; y hombres trabajadores de todas condiciones han contribuido, uno tras otro, á los triunfos de la habilidad mecánica.

Por hombre trabajador no entendemos únicamente al que trabaja con sus músculos y sus hombros. Un caballo podría hacer esto. Pero el hombre trabajador preeminentemente es *aquel* que trabaja también con su cerebro, y cuyo sistema físico está por completo bajo la influencia de sus facultades más elevadas. El individuo que pinta un cuadro, que escribe un libro, que hace una ley, que crea un poema, es un trabajador del orden más elevado, no tan necesario al sostemiento físico de la comunidad como el labrador ó el pastor, pero no menos

importante, porque da á la sociedad el alimento intelectual más elevado.

Dicho ya todo esto sobre la importancia y la necesidad de la laboriosidad, vamos á ver qué uso se hace de las ventajas que se derivan de ella. Es evidente que el hombre hubiera continuado siendo inculto si no hubiera sido por las acumulaciones de ahorros hechos por sus antecesores, los ahorros de la habilidad, del arte, de la invención y de la cultura intelectual.

Los ahorros de la sociedad han producido la civilización del mundo. Los ahorros son el resultado del trabajo, y sólo cuando los trabajadores principian á economizar, principian también á acumularse los resultados de la civilización. Hemos dicho que el ahorro principió con la civilización; podíamos muy bien haber dicho que el ahorro produjo la civilización. El ahorro produce el capital, y el capital es el resultado conservado del trabajo. El capitalista no es más que un hombre que no gasta todo lo que ha ganado con su trabajo.

El ahorro no es un instinto natural. Es un principio de conducta que se adquiere. Comprende la abnegación de sí mismo, — la supresión del goce presente por el bien futuro, — la subordinación del apetito animal á la razón, á la previsión y á la prudencia. Trajaba para hoy, pero también provee para mañana. Invierte el capital que ha economizado, y hace previsión para lo futuro.

“El derecho del hombre á prever lo futuro, que le ha sido conferido por la razón, — dice Eduardo Dénison, — hale agregado el deber de proveer para ese porvenir, y nuestro lenguaje atestigua esta verdad al usar esa palabra, como expresando una precaución activa contra la necesidad futura, que en su significación radical implica únicamente una presciencia pasiva de la misma. Cada vez que hablamos de la *virtud de la providencia*, presumimos que, estar prevenido es estar preparado. Conocer lo futuro no es virtud, pero la más grande de las virtudes es prepararse para él.” (1).

(1) *Cartas de Eduardo Dénison*, p. 240.

Pero un gran número de los hombres no proveen para el porvenir. No recuerdan lo pasado. Sólo piensan en el presente. Nada guardan. Gastan todo lo que ganan. No atesoran para sí: no atesoran para sus familias. Pueden ganar crecidos sueldos, pero consumen todo cuanto ganan. Esos individuos son constantemente pobres, y caminan al borde de las privaciones.

Lo mismo sucede con las naciones. Los pueblos que consumen todo lo que producen, sin dejar provisión para la producción futura, no tienen capital, como las personas pródigas, viven de manos á boca, y siempre están pobres y miserables. Las naciones que no tienen capital no tienen comercio. No tienen acumulaciones de qué poder disponer; de ahí que no tengan buques, marineros, diques, puertos, canales, ni ferrocarriles. La laboriosidad económica, está en el fondo mismo de la civilización del mundo.

Ved á España. Allí, el suelo más rico es el menos productivo. Á orillas del Guadalquivir, donde existieron una vez doce mil villas, no hay ahora ochocientas, y están llenas de mendigos. Dice un proverbio español: — *El cielo y el suelo son buenos; el entresuelo malo*. Bueno es el cielo, y la tierra es buena, sólo es malo aquello que está entre el cielo y la tierra. El esfuerzo continuado, ó el trabajo paciente, es una cosa insostenible para el español. Parte á causa de la indolencia y parte á causa del orgullo, no puede someterse al trabajo. Un español se ruborizará de trabajar, pero no se ruborizará de mendigar (1).

(1) EUGENIO PORROU. *España y su pueblo*, p. 184-188 (\*).

(\*) Es una vulgaridad creer que los pueblos del mediodía no trabajan, como fuera una vulgaridad decir que los italianos, los franceses y los españoles son gentes holgazanas que pasan el tiempo tomando el sol. Conviene desvanecer estas erróneas preocupaciones en que incurrían muchos escritores de los países del Norte. Pocos pueblos hay, precisamente, que hayan dado tantas pruebas de esfuerzo continuado en la adversidad, de trabajo paciente y de sobriedad como el pueblo español. El mundo está lleno de proezas suyas, y por cierto que para realizarlas ha necesitado esfuerzo y trabajo.

Pero á los pueblos latinos, como á otros pueblos, les ha sucedido que después de un apogeo colosal han tenido que pasar por siglos de decadencia; esa es la ley de la humanidad, y comprende á todas las razas; no se ha hecho exclusivamente para los españoles ó para los italianos. El progreso y el adelanto hacen que la hora

De esa manera es como la sociedad se divide principalmente en dos clases; los que economizan y los pródigos, el previsor y el imprevisor, el ahorrador y el despilfarrado, los que tienen y los que no tienen.

Los hombres que economizan por medio del trabajo llegan á ser dueños de un capital que pone á otro trabajo en movimiento. El capital se acumula en sus manos, y emplean otros para que trabajen para ellos. Así principia el trabajo y el comercio.

Los económicos edifican casas, almacenes, y fábricas. Proveen á las fábricas de herramientas y máquinas. Construyen buques, y los mandan á las diferentes partes del mundo. Reúnen sus capitales, y construyen ferrocarriles, puertos y diques. Abren minas de carbón, hierro y cobre, y establecen bombas para desecarlas. Emplean operarios para trabajar en las minas, y de ese modo dan origen á una inmensa cantidad de ocupación.

Todo eso es resultado del ahorro, de economizar el dinero, y emplearlo para fines beneficiosos. El hombre pródigo no tiene parte en el progreso del mundo. Gasta todo lo que adquiere, y no puede dar ayuda á nadie. Cualquiera que sea el dinero que gane, nunca se eleva su posición. No ahorra ninguno de sus recursos. Siempre está pidiendo ayuda. Es en realidad el siervo y el esclavo innato del ahorrador.

de la reorganización haya sonado ya en el reloj del tiempo, y hoy los españoles trabajan como trabajan los ingleses ó los alemanes, y relativamente no hay en España más mendigos que en Inglaterra, ni en Madrid más harapientos pordioseros que en Londres.

El afán de atesorar no existe entre los españoles con igual vehemencia que entre los ingleses, porque los españoles tienen mas desprendimiento y mayor generosidad. La uniformidad, el método, la severidad, son nobles cualidades cuando no se hevan al exceso, y para contribuir á difundirlas, dentro de nuestra modesta esfera de acción, damos á conocer á los lectores hispano-americanos obras como las de Smiles, pero bueno fuera, también, que por entre las espesas y tristes brumas del Norte penetrasen los albores de esa dulce filosofía meridional, que á pesar de su imprevisión produce momentos de solaz y de grato consuelo, pues como dice el cantar :

*Mal fin tenga el mes de Enero  
Con todos sus gananciales,  
Mañana, me muero yo :  
¿ Para qué quiero caudales ?*  
(Nota del T.).

## CAPÍTULO II.

### HÁBITOS DE ECONOMÍA.

Lo principal es aprender á dominarse. — GOETHE

La mayor parte de los hombres trabajan para el presente, muy pocos para lo futuro. Los sabios trabajan para ambos; para lo futuro en el presente, y para el presente en lo futuro. — *Conjeturas sobre la verdad.*

El secreto de todo éxito consiste en saber rehusarse uno á sí mismo ciertas cosas.... Si una vez habéis aprendido á quitaros de encima la mano del látigo, tendréis el mejor instructor en ello. Probadme que sabéis dominaros, y yo diré que sois un hombre educado; sin esto cualquiera otra educación para nada sirve.

SEÑORA DE OLIPHANT.

Todo el mundo grita : ¿ Dónde está el hombre que nos va á salvar ? ¡ Necesitamos un hombre ! No miréis tan lejos por este hombre. Le tenéis á la mano. ¡ Ese hombre, sois vos, soy yo, es cualquiera de nosotros !... ¿ Cómo constituirse uno mismo en un hombre ? Nada más difícil, si no sabe cómo quererlo : nada más fácil, cuando quiere.

ALEJANDRO DUMAS.

Lo necesario y la comodidad estarían al alcance de la mayor parte de las gentes, si tomaran las medidas adecuadas para asegurárselos y disfrutarlos. Los hombres á quienes se pagan buenos sueldos también podrían llegar á ser capitalistas, y tomar parte en el mejoramiento y en el bienestar de la sociedad. Pero únicamente con la práctica de la laboriosidad, la energía, la honradez y el ahorro, podrán adelantar su propia posición ó la de su clase.